



MERCADO DEL NORTE. BURGOS

OJOS DE BESUGO

■ JULIA ARROYO

La reunión de comerciantes y vendedores del Mercado de Abastos de la zona Norte de Burgos se desarrollaba sin incidentes hasta que Miguel informó que la remodelación exigía liberar la planta segunda de pescaderías y fruterías, entonces se oyó un "¡No!" rotundo, seguido de: "Mi puesto, ni tocarle".

Era Manoli, la pescadera de la esquina izquierda. Se alzaron voces intentando callarla hasta que Miguel terminara la exposición del plan de ampliación. Pero ella, tan impulsiva, no oía a nadie. "Mirad, majos, por mí podéis poner escaleras mecánicas y... lo que querais, pero mi puesto...". Se armó un pequeño alboroto, Manoli era una mujer demasiado impulsiva.

Su marido, Mac el Mero, que se había quedado ordenando el puesto, bajó corriendo y se abrió

paso en el grupo: "Calla, mujer, no te sofoques que te sube la tensión". Todos respiraron tranquilos, él era el único que podía calmarla. Y la reunión siguió hasta el final.

Cuando el grupo se disolvió, el matrimonio se acercó a ver la maqueta y los planos de la remodelación del mercado. Ella aún protestaba haciendo pucheros como una niña y con los ojos acuosos.

"Es que este mercado es mi vida, Mac. Representa tanto para mí. Y que me lo cambien ahora...".

Y a Manoli, mientras su marido le acariciaba dulcemente la espalda, se le vinieron a la cabeza los recuerdos de hacía más de veinte años, cuando ella entró por vez primera a comprar en el mercado. Y aquel secreto que les había unido en una complicidad de amantes. Un secreto tan celosamente guardado como el amor que se profesaban. Más de una

vez estuvo tentada de decir la verdad a sus hijos mayores, quizás algún día...

Aunque, realmente, los hechos que le habían conducido hasta allí, a su puesto de pescadera en ese mercado, comenzaban el día en que su amiga Merche cumplía veinte años y celebraba una fiesta en su casa.

Augusto se había acercado a Manoli para preguntarle donde estaba el cuarto de baño, porque un trozo de tarta le había puesto pringada la camisa. Y ella se apresuró a pedir a Merche una camisa de su hermano, para lavar la de Augusto, quien formuló unas débiles protestas por cortesía, pero aceptó el ofrecimiento.

Manoli quedó con él para el intercambio de camisas en un café del paseo del Espolón, a los dos días del suceso.

Cuando Manoli llegó al café, Augusto escribía abstraído en una mesa.

- ¿Qué escribes? ¿Versos?

- Puro existencialismo. Me desbordan las ideas... Aunque hay algo más que palabras.

Augusto hablaba en un tono bajo y enigmático. Manoli miró por encima aquellas líneas manuscritas con letra menuda y prácticamente ilegible. Y sin saber qué decir le tendió la camisa limpia y planchada.

El se excusó, había olvidado la camisa del hermano de Merche.

- Como vivo sólo no me dio tiempo a lavarla, dijo disculpándose.

Entonces Manoli, animada por un cierto afán maternal, se interesó por cómo y dónde vivía y los motivos de su soledad.

Augusto le contó que, huérfano de padre y madre, había pasado su infancia y adolescencia en un colegio de religiosos, donde ahora daba algunas clases. Era una hombre solitario, que dedicaba su tiempo libre a escribir. Y animado por la atención que la muchacha le mostraba se explayó sobre sus dudas existenciales y la tragedia de vivir.

Manoli apenas le entendía, pero le escuchaba fascinada, mirando con arrobó aquel hombre, que, siendo ocho o diez años mayor que ella, le parecía un ser desvalido y al mismo tiempo superior, que descendía a confiarle sus manuscritos y pensamientos, como buscando una complicidad, a la que ella se prestaba con su silencioso asentimiento. Y se sintió tan halagada como atraída por Augusto, a quien consideró un hombre muy interesante y diferente a los muchachos que ella conocía.

A partir de aquel encuentro, Manoli irrumpía casi todas las tardes, a la misma hora, en el café donde Augusto se refugiaba a escribir o leer.

Poco a poco, Manoli fue impregnándose de ideas, que antes le habían sido completamente aje-

nas por su educación de "pequeña burguesa", en palabras de Augusto, sin más inquietudes que aprobar el curso de secretariado, impuesto por su padre, "para que la niña tenga algo con lo que defenderse en la vida"; mientras su madre trataba de inculcarle las más tradicionales normas de "lo que una mujer que se precie debe conocer, respecto a como conseguir y preservar un buen marido, que es en definitiva la mejor carrera a seguir, digan lo que digan".

Cuando Augusto ganó el premio de poesía de la ciudad, Manoli lo sintió como algo propio, pues ella era la amiga y confidente de aquel genio incomprendido.

A partir de aquel momento de gloria, Augusto ya no se sentaba solo en el rincón del café, una cohorte de admiradores y oyentes se prestaban a escuchar al "maestro", alimentando su vanidad y sus ínfulas de pensador revolucionario.

En plena euforia, Augusto proclamó a Manoli como su musa, en un alarde de benevolente hombradía, ante el grupo de sus seguidores. Y Manoli hizo profesión de fe en aquel hombre, que la distinguía en público con lo que a ella le pareció una declaración de amor para toda la vida.

Así fue como Manoli decidió, después de una bronca disputa con sus padres, que no veían con buenos ojos las nuevas ideas y amistades que frecuentaba su hija, irse a vivir con Augusto en un raptó de su impulsivo carácter y joven inconsciencia.

Augusto fue el más sorprendido por aquella iniciativa de Manoli, quien sin previo aviso se presentó cerca de la medianoche en su casa de la calle de Almirante Bonifaz.



– Me he ido de casa de mis padres y no pienso volver. Quiero vivir contigo.

Sin invitarla siquiera a traspasar el umbral de la puerta, Augusto la espetó:

– Eres una cría, vuelve con tus padres.

Manoli dio un paso hacia adelante y luego otro, cerró la puerta y manifestó:

– No soy ninguna cría. Soy mayor de edad. Y quiero vivir contigo.

Y sin formular más palabras se abalanzó sobre Augusto y le besó apasionadamente. Lo que siguió tras aquel beso apasionado fue su primera experiencia sexual completa, aunque si bien es verdad no muy satisfactoria.

Claro que Manoli no tenía elementos de juicio para comparar y calibrar la medida del goce y placer sexual y la calidad del amante. Además, su impulsivo proceder respondía más en aquella noche al empuje de su primer acto de rebeldía filial, en pos de ese espejismo que es ansia de amor más que amor mismo, una ficción sentimental que fácilmente lleva al desatino y deja a la sexualidad un poco abotargada.

Augusto, halagado en su más íntima vanidad masculina, aceptó la compañía de Manoli. Y, egoístamente, puso sus condiciones respecto a la convivencia de ambos. “Ya sabes, yo soy partidario del amor libre”, dijo.

Manoli, en plena embriaguez de su delirio amoroso, aceptó gozosa ocuparse de “las labores propias de su sexo”, a las que un pensador genial y eximio poeta no debía descender, e incluso la de buscar un trabajo para ser una mujer independiente.

El único empleo que pudo conseguir fue el de dependienta en una mercería de la plaza Mayor, para ayudar a doña Obdulia, que con frecuencia se ausentaba para ir a la peluquería o para jugar su partida de tresillo, en la trastienda, con varias amigas.

Combinar lo de dependienta de mercería y musa de poeta existencialista, no le parecía lo más adecuado, pero en contra de lo que ella supuso, Augusto lo aprobó. Incluso le animó a ello porque, según dijo, era una forma de conectar con la realidad y tomar conciencia de las injusticias sociales.

Así que Manoli se vio inmersa en dos mundos muy diferentes y difícilmente compatibles: el de la mercería y el de las tertulias en torno a su amado Augusto. Los tertulianos apuraban hasta que se cerraba el café y, luego, se refugiaban en su domicilio, continuando hasta el alba. Manoli, apenas dormía y tenía tiempo de ordenar su casa revuelta por los trasnochadores tertulianos, que además arrastraban comida y bebida, que ella se apresuraba a reponer, para que no decayera el fervor de los que ella



consideraba, un tanto obnubilada, sus admiradores.

Pasadas las primeras semanas de su nueva vida, Manoli se oyó un día diciendo lo que tantas veces había escuchado a su madre: “No sé que sucede con el dinero, pero se va de las manos sin sentir”. Y la respuesta de Augusto no fue nada alentadora:

– No me molestes con esas tonterías. Bastante tengo yo en que pensar.

Y dio por zanjada una conversación apenas iniciada, retirándose al cuarto en el que pasaba la mayor parte de su tiempo en casa y en el que no podía ser molestado por nada ni por nadie. Su santuario en el que, según él, estaba escribiendo un libro de filosofía que iba a revolucionar el decadente y viejo mundo del pensamiento. Y en el que elaboraba algunos artículos que, a raíz de su premio, le había solicitado el Diario de Burgos, pero de los que nunca se sentía satisfecho y no llegaba a entregar.

Las clases de Augusto más el sueldo de la mercería no llegaban a cubrir los gastos de su despreocupado y generoso vivir, pues además Manoli había acometido la renovación del vestuario de Augusto, más de acuerdo con su reciente celebridad, y el suyo propio, cambiando su ropa formal de burguesita provinciana por negras faldas y blusas más a tono con su papel de musa existencialista, hasta donde ella había llegado a entender de aquellas ideas, a las que ella pretendía seguir.

La vida en común de la pareja no era lo que se dice la de unos jóvenes enamorados. Pero Manoli deslumbrada por la “lumbrera intelectual”, a la que

voluntariamente se había sometido, no era consciente de ello. Y si bien se le iban marcando unas profundas ojeras y un cierto desasosiego la invadía a veces, su cotidiano trajín le impedía ver la realidad en la que estaba inmersa.

Las tertulias del café se le fueron haciendo cada vez más tediosas y su papel de musa existencialista ya no le divertía tanto.

Curiosamente, las tardes en la mercería acabaron convirtiéndose en su más preciado tiempo. Se entretenía con la incesante charla de doña Obdulia y el trasiego de las cajas de cintas, botones, puntillas, gomas, lanas, hilos, alfileres y agujas, que la cliente la reclamaba. Aprendió a aconsejar sobre sujetadores, bragas y fajas. Y descubrió en sí misma unas aptitudes desconocidas para vender y relacionarse con el público.

Además, acudían sus amigas y presumía ante ellas de las prestadas ideas de su Augusto, al que ella investía de autoridad moral y de altos vuelos poéticos. Y de una felicidad más aparente que real, aunque Manoli se negara a reconocerlo.

A la preocupación por la falta de dinero, se le unió a Manoli un estado físico de gran debilidad y náuseas que la sumergió en un malhumor depresivo e irritable.

Una tarde se sinceró con doña Obdulia, la mercera. Y ésta que era buena mujer y con la experiencia suficiente para darse cuenta de que Manoli no era feliz, diagnosticó con rapidez:

- Tú, lo que necesitas es vitaminas, maja. Una buena alimentación y una vida más ordenada. Yo diría que tú estás embarazada.



Y doña Obdulia, con perspicaz afán maternal y aprovechándose del momento de debilidad de Manoli, la sometió a un implacable interrogatorio, sin recato alguno. Manoli, despojada de todo pudor por la energía inquisitorial pero exculpatoria de doña Obdulia, habló con ella de ciertos temas íntimos que derivaron hacia una serie de reflexiones sobre su propio futuro y su relación con Augusto, que la inquietaron.

Además doña Obdulia le dio una serie de consejos, eminentemente prácticos, entre los que se encontraba el acostarse a una hora decente y pasear todas las mañanas hasta el Mercado de Abastos del Norte para hacer la compra diaria, lo que mejoraría su alimentación y su economía doméstica.

A Manoli se le abrieron los ojos a una nueva luz.

Aquella misma tarde, al salir de la mercería se dirigió con paso firme hasta el café. Augusto, sin reparar en su presencia, siguió enfrascado en una lúgubre conversación sobre el suicidio como acto de pura libertad, con un joven barbado.

- Creo que vamos a tener un hijo, le espetó interrumpiendo impaciente sus palabras, sin sentarse siquiera.

Augusto se quedó mirándola con estupefacción.

- ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Tener un hijo es una grave responsabilidad. No seas tan frívola. No debemos añadir un desgraciado más a este mundo, le contestó Augusto irritado.

- ¿Por qué iba a ser un desgraciado? Sería tan inteligente como tú y tan guapo como yo. Un niño muy majo.

Augusto ni siquiera la escuchó y siguió con el discurso interrumpido.

Manoli estalló en sollozos. No la hicieron caso. Y se marchó furiosa. Ella nunca podía discutir con Augusto. Enseguida se quedaba sin saber que oponer a los argumentos que él esgrimía, se sentía abrumada y callaba. Había llegado a convencerse de que era muy ignorante. Pero esta vez, sintió que algo se derrumbaba en su interior y que su admirado Augusto no era más que un fatuo egoísta. Y vio con toda claridad que su vida con él era un fiasco y su pretendido enamoramiento, un engaño de sus propios sentimientos.

Al día siguiente, lo recordaba muy bien, se levantó muy temprano y decidió ir al mercado, antes de acudir a la mercería. La mañana era clara y fría, de luz diáfana y cielo azul, un fuerte viento le corraba la cara, al tiempo que la tonificaba.

Cuando entró en el mercado le invadieron olores, colores y ese bullicio vivaz de vendedores y amas de casa. Se recordó a sí misma, muy niña, acompañando a su madre en ese cotidiano rito doméstico, en el que se mostraba locuaz y afanosa para llevar-



se a casa el mejor pescado, la mejor carne y las mejores frutas y verduras al precio más barato, según se ufanaba ella, mientras Manoli se entretenía observando como se movían las patas de los cangrejos que sobrevivían en las cajas de la pescadería: saboreando una manzana que Paquita, la frutera, le alargaba "para que sigas con esos buenos colores de salud", o chupando el caramelo con el que el señor Martín, el carnicero, la obsequiaba riéndose de las protestas de su madre "¡A ver si se le va a quitar el apetito!".

Aquel mercado de su infancia, simpático y familiar, había desaparecido pocos años antes y había sido sustituido por este otro más amplio y moderno. Algo desorientada por ser la primera vez que entraba en el nuevo mercado, subió las escaleras centrales en busca de los puestos de frutas y verduras.

- ¡Hola, maja! ¿Qué te pongo? ¡Mira que pescadilla, vivita y coleando!

Abstraída por sus pensamientos, el reclamo del pescadero la hizo estremecerse y se le quedó mirando un tanto abobada.

- ¿Qué...? No encuentras pescadillas como esta en todo el mercado. ¡Y qué precio...! Por ser para tí te la dejo casi regalada.

- Bueno -, musitó un tanto avasallada por la insistencia del familiar tuteo el pescador, un hombre joven que la miraba con unos extraños ojos de besugo.

- ¿Cómo te la preparo, entera o en rodajas?

- Como quiera.

- No maja, como tu me digas. A tu servicio.

- Pues, en rodajas.

- ¿Quieres la cabeza?

Manoli se sentía azarada inexplicablemente, como si el pescadero en vez de estar despachándola una pescadilla, la estuviera sometiendo a un singular interrogatorio acerca de su vida íntima.

- ¡Que aproveche y hasta pronto, maja!

Se despidió el pescadero sonriendo con un guiño de complicidad en sus ojos de besugo; mientras Manoli ocultaba su evidente perplejidad haciendo el recuento de la vuelta del billete que había entregado para pagar.

Y se dirigió presurosa al

más lejano puestito de frutas y verduras, sintiendo que la mirada de aquellos ojos la seguían a su espalda. Mientras esperaba que atendieran a las clientas que estaban antes que ella, fue recuperándose de la turbación que la había afectado.

Se le antojaron unas alcachofas, cuyo sabor áspero se trocaba en dulzón al beber un poco de agua, después de masticar concienzudamente sus hojas entre los dientes. Un sabor también anclado en el recuerdo de la infancia.

Fuera por la visita al mercado o, quizás, por su vislumbra da maternidad, Manoli se sintió inmersa en una especie de añoranza, como si en unos meses hubiera envejecido y se hubiera convertido en una persona ajena a la niña que fue y, ahora, necesitara de un reencuentro con aquello que había dejado atrás y formaba parte de su propia identidad.

Manoli se encerró en un total mutismo, respecto a Augusto, que a él no parecía importarle. Ella sufría su desencanto, lloraba a solas y callaba, mientras pensaba en su ya confirmada maternidad y su futuro incierto. Solamente en la mercería lograba recuperar un cierto tono vital.

Un día Augusto pretextó que debía hacer un viaje a Madrid para hablar con un editor de la publicación de su libro. Y se fue con toda su ropa, sus libros y sus papeles.

Manoli se sentía cada vez más triste, más abandonada y sola. Además doña Obdulia se tomó unas vacaciones y la dejó a ella para atender la mercería. Sus amigas la habían ido abandonando poco a

poco, harías de oírle hablar de su querido Augusto.

Una tarde, estaba echando el cierre a la mercería, se encontraba cansina y algo mareada y apenas atinaba con la barra de hierro, cuando se percató de que unos ojos de besugo la estaban mirando desde el soportal.

– ¿Puedo ayudarte, maja?

La Plaza Mayor empezó a girar como un ti vivo. Y se desmayó. Cuando se despertó los ojos de besugo la miraban ansiosos.

– Animo, maja. Esto no es nada. Bébetete esta copa de coñac y nos vamos a dar un paseo por el Espolón. Te sentará bien.

Manoli obedeció como un autómata y cuando se sintió ya reanimada caminaba por el paseo del brazo de aquel joven que le resultaba vagamente conocido.

– Si te cansas, podemos sentarnos en un banco. Te llamas Manoli, ¿No? A mí, me llaman Mac el Mero, desde chaval, cuando era el jefe de una buena pandilla. Nos escapábamos a jugar a estos jardines. Aquí nos encontrábamos con El Botas y los suyos. ¡Menudas peleas! Venían los municipales y salíamos todos corriendo. Nos parábamos hasta llegar a La Llana. Los otros vivían en la plaza de la Vega... ¿Te sientes mejor ahora? Ponte la rebeca, que empiece a refrescar. Ya se sabe, aquí en Burgos sólo hay dos estaciones, la del invierno y la del tren. Eso decía siempre mi abuelo.

La ayudó a ponerse la rebeca. Y a Manoli, conmovida por aquella solicitud y por aquellos ojos de besugo que la miraban con ternura, se le saltaron las lágrimas y se refugió en el pecho de aquel extraño llorando en silencio.

El la acarició dulcemente la espalda y, luego, la abrazó con fuerza hasta que se calmó. Entonces, ella levantó su rostro y él la besó en la boca con suavidad. Y aquel beso surtió el mismo efecto que el del príncipe a la Bella Durmiente. Porque Manoli, como si despertara de un largo sueño, se secó las lágrimas que aún humedecían su rostro y como un estallido, siempre tan impulsiva, se puso a hablar y hablar.

Cuando se despidieron en el portal de su casa, Manoli subió corriendo las escaleras con el corazón palpitante. Al serenarse se preguntó cómo

se había atrevido a sincerarse con un extraño, que le resultaba vagamente familiar.

Al desvestirse se miró su vientre incipientemente abombado por el embarazo. Precisamente eso era lo único que no había desvelado al tal Mac el Mero.

Al día siguiente, tuvo bastante trajín en la mercería y estaba muy nerviosa, se equivocó varias veces al cobrar a las clientas y cuando le pedían botones, ponía cintas en el mostrador. Por un lado deseaba que llegara pronto la hora del cierre y por otro temía que llegara ese momento.

Y justo daban las ocho, en el reloj del Ayuntamiento, cuando irrumpió en la mercería Mac el Mero con una amplia sonrisa en sus ojos de besugo.

Y entonces fue cuando se dio cuenta. Era el pescadero del mercado. Y volvió a sentirse tan azarada y aturullada como la primera vez que le había despachado aquella pescadilla.

– Toma, para tí, la chica más maja de Burgos.

Y Mac el Mero depositó en el mostrador de la mercería un paquete envuelto en papel de celofán, con una cinta rosa. El corazón de Manoli latía con fuerza mientras abría aquel inesperado regalo. Era un hermoso y fresco lenguado.

– Y ahora nos vamos al cine.

En el cine, Mac el Mero le cogió la mano y no se la soltó hasta que acabó la película. Manoli apenas si se enteró de lo que pasaba en la pantalla, debía de decirle que ella estaba embarazada. Con su ligero vestido suelto apenas se le notaba, pero no podía seguir ocultárselo.





Así que cuando él la preguntó si le había gustado la película, ella a modo de respuesta le dijo:

– Estoy embarazada

Y a él se le agrandaron más los ojos de besugo, pero sin que esa revelación le inmulara demasiado dijo:

– Claro, por eso te marcaste ayer, maja. Mi madre cuando estaba embarazada de mi hermano pequeño no podía ir al puesto. Enseguida le daban arcadas y mareos. Debes cuidarte y dar paseos. Mi madre se daba muchos paseos por la Quinta. Y desde aquella tarde Mac el Mero y Manoli paseaban por el Espolón, por la Isla, por el Espoloncillo, por la Quinta.

De Augusto no volvió a saber nada y... ¡Ni falta que le hacía!

Una mañana del frío invierno burgalés, Manoli se levantó, después de una noche en la que su pesada tripa no le había dejado dormir placenteramente, y se encaminó al mercado. El día era gris y un manto de nubes se cernía sobre la ciudad anunciando una posible nevada.

Sentía un cierto malestar y cuando entró en el mercado notó lo que interpretó como una clara contracción.

La llevaron casi inconsciente hasta las oficinas del mercado y allí se congregaron varias mujeres y algunos hombres. En medio de sus dolores, asusta-

da, oía voces que reclamaban un médico, que si llevarla de inmediato al hospital, que si no había tiempo... Menuda algarabía, hasta que apareció una monja con su alada toca y empezó a dar órdenes... Y ella con aquellos dolores, medio atontada, "¡Venga empuja, maja que ya asoma la cabeza!" y Manoli empujaba. "Aspira, aspira hondo" y Manoli resoplaba. "¡Un niño, es un niño!" Oyó como en sueños.

Y la monja otra vez: "Un empujoncito, un empujoncito más". ¿Pero, cómo era posible? ¿No había nacido ya el niño? ¿Y ahora, qué pasaba ahora? y exhausta por el esfuerzo se desmayó.

Se despertó y lo primero que vio fueron los ojos de besugo de Mac el Mero, que traba de limpiar el sudor de su frente. "Son dos niños, maja. Una buena sorpresa".

Tardó en reaccionar y eso que Carmina, la de las morcillas, y Rosario, la florista, se pusieron ante ella, cada una acunando a uno de los pequeñines. ¡Mellizos! ¡Había tenido mellizos!

Pero lo que la dejó del todo estupefacta y privada del habla fue cuando oyó la voz de tiple de la pescadera Rosa: "Fijaros, los dos han sacado los mismos ojos de su padre". Y cuando el carnicero Pedro dijo: "Sinvergüenza, que callado lo tenías. Y ahora padre por partida doble. Enhorabuena, majo, enhorabuena".

Alguien abrió una botella de champán y todos brindaban con Mac el Mero. Y Mac el Mero reía y reía y le guiñaba sus ojos de besugo.

Y ese era su secreto, un secreto que había permanecido alimentando su amor de más de veinte años. Alguna vez pensó que los chicos debían saber que su padre era... Pero quién era realmente su padre, sino aquel que les había visto nacer, dado su apellido y... ¡Hasta sus mismos ojos de besugo! Algo bastante inexplicable, tan inexplicable como los recónditos misterios del corazón, como la vida misma. Y una vez más creyó mejor guardar aquel secreto, como el oculto talismán que había preservado su felicidad durante años. Y si Mac el Mero aprobaba la remodelación del mercado, ella no debía sofocarse, sería para bien. □

JULIA ARROYO. Escritora.